

| CAPÍTULO 9 |

Las (des)marcaciones de la bolivianidad en la Argentina y los desafíos para una antropología comprometida

Cynthia Pizarro

Introducción

En este capítulo reflexiono acerca de los emergentes que surgieron durante la investigación etnográfica que realicé sobre los procesos identitarios de quienes son incluidos y se incluyen a sí mismos en la *colectividad boliviana* en las áreas metropolitanas de las ciudades de Buenos Aires y Córdoba. Me enfoco en las maneras en que las políticas de identidad hegemónicas delimitan su horizonte de lo pensable, sus lugares de identidad posibles y sus estructuras de sentimiento; y en los mecanismos a través de los cuales estos sujetos etnicizados seleccionan ciertos diacríticos identitarios de los repertorios que fueron previamente producidos por el discurso hegemónico.

Considero que este entramado teórico permite comprender algunas situaciones que experimenté durante el trabajo de campo en las que me llamó la atención el uso estratégico del esencialismo que realizaron algunos bolivianos que operaron como emprendedores de la memoria, articulando ciertas narrativas sobre el pasado y sobre la identidad de los definidos como *migrantes bolivianos*. Estas experiencias me instaron a preguntarme si dichas políticas identitarias son interpretaciones a través de las cuales estos sujetos subalternos socavan el discurso hegemónico, reapropiándose de los únicos repertorios disponibles para producir nuevos sitios de enunciación histórica,

soñando de este modo sus propios sueños; o si, por el contrario, se trata de recreaciones del orden hegemónico que realizan estos sujetos quienes, presos en la cárcel de la matriz colonial, no logran pensar lo impensable ni soñar sus propios sueños.

En esta oportunidad no sólo quiero profundizar las reflexiones teórico-metodológicas sobre mis investigaciones que ya he sistematizado en otros lugares. Es mi objetivo agregar algunas consideraciones que surgen de la problematización de la situación que, como intelectual-emprendedora de la memoria, me sitúa en una disyuntiva de optar por de-construir a los colectivos sociales que utilizan paquetes de discursos hegemónicos y construyen identidades a través del uso estratégico del pasado; o bien enmarcarme en el romanticismo de la resistencia, apoyando sus utopías sin sopesar la manera en que los condicionantes estructurales constriñen sus metodologías, ni las implicancias y consecuencias de las estrategias que desarrollan.

Desarrollaré estas cuestiones del siguiente modo. Primero narraré la historia de los procesos de movilidad territorial hacia Argentina de personas nacidas en Bolivia, desde mi locus que, como científica, me habilita a realizar un relato aparentemente neutral pero que está anclado en mi interés por dar cuenta de la heterogeneidad de quienes se incluyen y son incluidos en la denominada *colectividad boliviana*. Luego sintetizaré algunas líneas teóricas que considero fructíferas para dar cuenta de las maneras en que los emprendedores de la memoria narran la historia de los colectivos de identificación, recreando sentidos, repertorios y discursos que les son dados, pero potencialmente capaces de socavar, o al menos resistir el ser-hablados por la lengua hegemónica. A continuación presentaré cuatro situaciones que experimenté durante mi trabajo de campo que me llevaron a considerar

la ambivalencia de estos sujetos y de sus políticas identitarias. Y finalmente reflexionaré acerca de la disyuntiva que se les presenta a aquellos antropólogos que, situados ideológicamente en el compromiso con las luchas de diversos grupos subalternos, se enfrentan a la tensión entre la crítica cultural y la investigación activista.

La migración boliviana a Argentina: un relato científico situado que postula la heterogeneidad de la *colectividad boliviana*¹⁹²

Las migraciones intracontinentales a la Argentina han sido registradas desde el primer censo nacional realizado a mediados del siglo XIX y se supone que han precedido a la conformación de los estados republicanos. Se han mantenido relativamente estables a lo largo de los últimos 150 años, puesto que la proporción de inmigrantes regionales sólo ha variado entre un 2% y un 3% durante dicho período (Benencia, 2007; Pacea y Courtis, 2008; Pizarro, 2012). Sin embargo, en las postrimerías del siglo XX, las migraciones provenientes de países limítrofes a la Argentina adquirieron mayor visibilidad no sólo debido a que aumentó su peso relativo en comparación con las migraciones transatlánticas de fines del siglo XIX y principios del XX, y con las migraciones internas campo-ciudad de mediados del siglo XX; sino también porque desafían la imagen hegemónica que postula que los argentinos somos blancos, europeos y modernos. Veamos.

En las últimas décadas la inmigración boliviana a Argentina se ha incrementado en comparación a la proveniente de otros países limítrofes, llegando a ser en la actualidad el segundo grupo en importan-

¹⁹²Este apartado es una síntesis de la temática publicada en Pizarro (2013).

cia luego de los paraguayos (Castillo y Gurrieri, 2012). Las características de estos migrantes han cambiado a lo largo de los años, así como los lugares a los que se dirigieron.

Durante la primera mitad del siglo XX, la mayor parte de los inmigrantes bolivianos procedía de áreas rurales pauperizadas. Atraídos entre otras cosas por posibilidades laborales, se dirigieron a las provincias del noroeste argentino colindantes con Bolivia (Salta y Jujuy) para trabajar en las plantaciones de caña de azúcar, algodón y tabaco. En su mayoría, eran varones jóvenes con baja calificación laboral que migraban de manera temporal en los períodos de mayor demanda de mano de obra. Gradualmente, a partir de mediados del siglo XX, este flujo migratorio de origen campesino e indígena se desplazó hacia la zona de la pampa húmeda en virtud de distintos factores, tales como la mecanización y la introducción de nuevas tecnologías en las explotaciones agropecuarias del noroeste argentino, la industrialización de algunos centros urbanos y la paulatina atracción que ejercía la vida urbana debido a la creciente globalización del consumo, entre otros (Sassone, 2009).

Paralelamente, un flujo considerablemente menor pero perteneciente a estratos medios y altos, y proveniente de áreas urbanas bolivianas, se instalaba en metrópolis tales como Buenos Aires, Córdoba y La Plata. Algunos eran exiliados políticos y otros migraban con el objeto de realizar estudios universitarios. La mayoría de los que se establecieron definitivamente alcanzaron una posición socioeconómica relativamente acomodada, ya fuera como profesionales o como comerciantes.

En la década de 1970 comenzó una etapa de ampliación y generalización de los circuitos migratorios en Argentina. Así, algunos de los

bolivianos que venían a “vivir mejor”¹⁹³ y a “conseguir trabajo” se dirigieron a las zonas urbanas periféricas de grandes ciudades, mientras que otros lo hicieron a las áreas peri-urbanas con el objeto de desarrollar diversas tareas agrícolas de manera permanente, generalmente en la producción horti-florícola. De este modo, nuevos lugares de la Argentina comenzaron a ser atractivos (Benencia, 2012).

Durante las décadas de 1980 y 1990, la dispersión de los bolivianos hacia distintas ciudades de Argentina tales como Mendoza, Córdoba, Rosario y algunas situadas en la Patagonia aumentó progresivamente, al tiempo que disminuyó su concentración en las provincias colindantes con Bolivia. Para ese entonces, más de la tercera parte de estos inmigrantes se concentraba en el Área Metropolitana de Buenos Aires. La mayoría se desempeñaba en trabajos informales, en concordancia con las transformaciones del mercado laboral argentino causadas, entre otras cosas, por el impacto de las políticas neoliberales.

En los años 1990, el arribo de inmigrantes limítrofes y del Perú aumentó como consecuencia de la sobrevaluación del peso argentino y el mayor desarrollo relativo de la economía respecto de algunos de los países de origen, al tiempo que en Bolivia se profundizaba el modelo neoliberal. A pesar de la crisis económica argentina de 2001, los datos del Censo Nacional de Población, Viviendas y Hogares de 2010 evidencian que la inmigración intracontinental no decreció, sino que, por el contrario, había alcanzado el 3,5% sobre la población total del país.

Los bolivianos se habían convertido en el segundo grupo de inmigrantes en relevancia numérica y ahora se concentraban en grandes

¹⁹³Utilizo comillas para transcribir expresiones textuales de mis interlocutores durante el trabajo de campo.

ciudades. Específicamente, el 55% de los bolivianos residía en el Área Metropolitana de la Ciudad de Buenos Aires (Castillo y Gurrieri, 2012) y la mayoría de quienes habían arribado a partir de la década de 1990 se desempeñaba en actividades económicas caracterizadas por la precariedad de las condiciones laborales y las bajas remuneraciones, tales como la agricultura, la construcción, el servicio doméstico, el comercio minorista y la industria manufacturera.

Sin embargo, co-existían con ellos otros bolivianos cuya posición socio-económica era más holgada, ya sea porque habían arribado en otros momentos, porque procedían de otros sectores sociales y/u otras regiones de Bolivia, o porque habían podido desarrollar trayectorias sociales más ventajosas. Estos sectores eran frecuentemente empleadores y/o padrinos de sus otros compatriotas, quienes, de este modo, resultaron doblemente subalternizados: tanto por la asignación de identidades étnicas¹⁹⁴ en su sociedad de origen como en la de destino.

En síntesis, durante la década de 1990 aumentó la visibilidad de los inmigrantes bolivianos en la sociedad argentina debido, por un lado, a su creciente concentración demográfica en centros urbanos de la Pampa Húmeda tales como el Área Metropolitana de Buenos Aires y, por el otro, a que esta presencia interpeló el sentido del ser nacional hegemónico que define a los argentinos como blancos, europeos y modernos (Briones, 2002). El hecho de que gran parte de estas personas proviniera de zonas rurales del altiplano andino boliviano

¹⁹⁴Las identificaciones étnicas son maneras de diferenciar a grupos sociales apelando a ciertas características culturales. Diacríticos tales como costumbres, lengua y ancestros compartidos son la base que genera un sentimiento de pertenencia y devenir de una comunidad, es decir, de una identidad colectiva con fronteras étnicas definidas: “la clase de gente que somos/son” (Pizarro, 2013).

(conformado por los departamentos Potosí, Oruro, Cochabamba y La Paz) es un dato de suma relevancia ya que, en Bolivia, los lugares de identificación posibles para estas personas han estado limitados, hasta por lo menos la llegada al poder del presidente Evo Morales en 2005, a los tropos de pertenencia ubicados en el escalón más bajo de la estratificación económica, social y cultural. En dicho país, estos grupos subalternos son denominados peyorativamente en términos de clase, raza y etnia como “campesinos”, “indios” y “coyas”. Las prácticas esperables para ellos son las de “sumisión”, “trabajo duro”, “pobreza” y “analfabetismo”, en contextos productivos concebidos como “no-capitalistas” o “tradicionales”. Mientras que quienes se han ubicado históricamente en los estratos superiores de la estructura de clasificación de la otredad boliviana han sido los “cambas”, es decir, quienes residen en los departamentos orientales, ostentan mejores situaciones socio-económicas y son “altos y blancos”.

Esta etnicización se potenció en Argentina, ya que se les otorgó a los *bolivianos* una similar ubicación de inferioridad en la estructura de clasificación de la otredad local. Mientras que el origen extranjero de los inmigrantes transoceánicos no fue un impedimento para que fueran incorporados en el colectivo de identificación nacional a pesar de las dificultades que tuvieron las primeras generaciones para ser aceptados por los nativos, la otredad de los inmigrantes bolivianos (portadores de fenotipos asociados con una posible pertenencia indígena y con un modo de vida campesino no moderno y provenientes, además, de un país considerado como atrasado) fue marcada como una diferencia incommensurable con respecto al ser nacional argentino imaginado.

De este modo, los bolivianos, sobre todo los provenientes de áreas campesino-indígenas, fueron doblemente etnicizados en Argentina:

por su extranjería no europea indeseada y por su asimilabilidad con los aborígenes. A pesar de que existen profundas desigualdades de clase, género, raza-etnia y región en el interior del colectivo de identificación *los migrantes bolivianos*, todos ellos suelen ser asignados por igual a ciertos lugares de identificación racializados y etnicizados que los ubican por fuera de la pertenencia a la comunidad nacional argentina¹⁹⁵.

Volver a nombrarse y narrar la propia historia

En Argentina, la matriz autoritaria y xenófoba con respecto a los pueblos originarios que construyeron las élites criollas mantuvo su vigencia, desde los comienzos de la lucha por la independencia de España hasta la actualidad (Lazzaro, 2015). Los aborígenes fueron desplazados de la historia oficial nacional, en una operación etnicizadora que los confinó en una “prehistoria” que era anterior a la conformación del estado-nación argentino e, incluso, a la época colonial. De este modo, fueron excluidos del colectivo de identificación nacional y definidos como grupos étnicos, en tanto se les atribuyó un inventario de rasgos culturales que marcó una diferencia inconmensurable entre esta alteridad y la argentinidad (Pizarro, 2006).

¹⁹⁵Aun cuando las clasificaciones de etnicidad se estructuran en base a diferencias culturales o raciales entre la mismidad y la otredad, no plasman características innatas o primordiales de los grupos humanos, sino que, por el contrario, han sido generadas en contextos históricos particulares. La auto y hetero-asignación de etnicidad da forma a un ordenamiento social jerárquico que legitima la dominación de unos, frecuentemente concebidos como no-étnicos, y la subordinación de otros, que son marcados como tales, quienes vivencian dichas marcaciones y muchas veces actúan en nombre de ellas. Ver Briones (1998), Comaroff y Comaroff (1992), Fenton (1999) y Grimson (2011), entre otros.

En el contexto de la primacía de los estados-nación como actores políticos soberanos hegemónicos, los inmigrantes internacionales constituyen otro de los grupos etnicizados. Ellos son evaluados y sus lugares de identificación posibles fijados en base a una narrativa hegemónica de pertenencia al estado-nación que jerarquiza a un nosotros autóctono por sobre los otros alóctonos a través de variadas políticas de identidad (Pizarro, 2012).

Tal como plantea Lazzaro (2015):

Doscientos años más tarde esta perspectiva permanece encarnada en la mirada desdeñosa de la oligarquía agroexportadora y las clases medias urbanas (...) frente a las migraciones internas y regionales portadoras de las nuevas versiones de las culturas andinas, de la tradición guaraní o de la inconclusa nación mapuche (...) [que] siguen interpelando hoy a las metrópolis latinoamericanas con sus antiguos ritos y tradiciones culturales, con sus dialectos, pero también con sus demandas sociales, económicas y políticas (...) como ciudadanos de esa nación inconclusa.

En este sentido, la categoría *los bolivianos* en Argentina es la cristalización de un proceso de etnicización de un grupo social que, en lugar de ser excluido (o invisibilizado) por la historia oficial nacional en tanto pueblo originario, es excluido (o invisibilizado) de la ciudadanía argentina en tanto grupo migratorio. Al igual que en el caso de *los indios*, la diferencia inconmensurable de *los bolivianos* es marcada por los sectores hegemónicos a través de políticas de identidad (Hill y Wilson, 2003) que fijan y naturalizan la diferencia inconmensurable con respecto a *los argentinos*.

Este sistema de clasificación de la otredad reproduce nuevas desigualdades, naturaliza la exclusión y, a través de la violencia simbóli-

ca, induce ciertos códigos que legitiman el statu quo. Lazzaro (2015), citando a Derrida, plantea que las subjetividades son modeladas a través de una trama invisible que define las formas de estar en el mundo y constriñe a los sectores subalternos a que sólo puedan hablar una única lengua para nombrarse y narrar su propia historia. Además, apela a los planteos de Foucault, Williams y Said para sostener que el universo de lo pensable y de lo posible es definido por el discurso hegemónico que, además, crea ciertas estructuras de sentimiento que soportan, elaboran y consolidan la práctica colonial.

Entonces, las políticas de identidad hegemónicas que moldean las identidades subalternas no sólo fijan y naturalizan los marcos interpretativos que definen a la/s otredad/es etnicizada/s, sino que también delimitan los sistemas de archivos de la memoria. Así, tanto los sectores hegemónicos como los otros etnicizados disponen de los mismos repertorios para nombrarse y para narrar el pasado. Siguiendo a Lazzaro, “el poder de nombrar o designar será la primera restricción que el poder impone a los sometidos” (2015, pp. 28-29).

A pesar de este monolingüismo homogeneizante, el otro no necesariamente reproduce pasivamente las representaciones que le son impuestas al narrar-se. Si bien las políticas identitarias¹⁹⁶ hablan la lengua del esencialismo, no necesariamente lo hacen desde un esencialismo ontológico. Más bien puede tratarse de esencialismos estratégicos¹⁹⁷ (Spivak, 1998) que subvierten los sentidos hegemónicos.

¹⁹⁶Hill y Wilson (2003) aluden a las marcaciones que los subalternos hacen de su identidad desde abajo.

¹⁹⁷Este término refiere a la fijación provisoria de una esencia que, si bien es artificial, es útil estratégicamente en la medida en que toda acción supone la formación de colecti-

Hall (2003) concuerda con el hecho de que las identidades se construyen dentro del discurso y no fuera de él, a través de estrategias discursivas específicas en el marco de la episteme de la modernidad que constituye a los sujetos. Sin embargo, señala que los subalternos son susceptibles de decir-se, de enunciar-se a través de adhesiones temporarias que se anclan en diferentes posiciones, a menudo cruzadas y antagónicas, lo que puede dar lugar a resistencias, que a veces son oblicuas y otras veces manifiestas. Estas posiciones son la confluencia de la experiencia compartida y sedimentada de ciertos sujetos que se constituyen en colectivos sociales, homogeneizando desigualdades internas (Briones, 1998; Grimson, 2011). En tal sentido, Hall (2003) considera que para que un grupo tenga fuerza social es necesario que se constituya en colectivo en el seno de una ideología unificada.

En la misma dirección, Casen (2013) plantea que el concepto de esencialismo estratégico resulta fructífero para entender las reivindicaciones de los movimientos indígenas que se erigen como encarnación de identidades etnicizadas. En su análisis del caso del Movimiento al Socialismo boliviano, muestra que las movilizaciones indígenas se inscriben en el registro de las políticas de reconocimiento, por lo que su estrategia política no consiste en negar las diferencias, sino en reivindicarlas. Sostiene que este tipo de reivindicaciones apelan a la reinención de un pasado mítico que idealiza una armonía étnica, lo que puede diferir mucho de la experiencia cotidiana de los miembros del colectivo social.

La historia de estos grupos subalternos y hetero y auto etnicizados suele ser narrada por miembros del mismo colectivo, en el marco de

vos, y los colectivos tienden a esencializar sus identidades.

políticas identitarias que operan como emprendedores de la memoria, resignificando el sentido de su pasado desde la situación presente y de acuerdo a su intencionalidad y expectativas con respecto al futuro (Jelin, 2002). De este modo, tal como plantea esta autora, estos actores intervienen en el trabajo de construcción y formalización de las memorias y pugnan por afirmar la legitimidad de su verdad.

A continuación transcribo algunos fragmentos de mis registros de campo que dan cuenta de los mecanismos a través de los cuales tanto los intelectuales subalternos como otros emprendedores de la memoria esencializan y etnicizan la identidad de *los inmigrantes bolivianos* en las ciudades de Córdoba y Buenos Aires. Los cuatro fragmentos son instantáneas que ponen en evidencia los vínculos que se establecen entre este colectivo y la *cultura boliviana*, y las formas en que es enfatizada y valorada su diferencia con la *cultura argentina*. Estos intentos por fijar *el ser boliviano* exotizan las características asignadas a la *colectividad boliviana*, cuya heterogeneidad es obliterada, minimizada y/o negada.

Emprendedores de la memoria boliviana en Buenos Aires y Córdoba

Instantánea 1. Año 2006.

Durante varios meses traté de persuadir al presidente de una cooperativa de productores bolivianos de una localidad del Área Metropolitana de Buenos Aires para que me permitiera realizar una investigación sobre la historia de la asociación y sobre las trayectorias y experiencias migratorias de sus socios. Durante nuestras conversaciones, mencioné mis trabajos en áreas rurales de Catamarca, como un modo de zanjear la distancia de clase y mostrarle que estoy del lado de los oprimidos –bajo el supuesto de que ellos lo eran–. Así, le comenté

que había escrito un libro sobre una movilización campesina en Catamarca y, ante la desconfianza que mostró con respecto a la posibilidad de que los socios me autorizaran a realizar el trabajo que proponía, le dije que pondría a consideración de ellos los informes que pudiera escribir. Siguiéron meses de arduas y dilatadas negociaciones. Cansada ya de no obtener ni un sí ni un no, en una oportunidad le llevé el libro al que había hecho referencia. Contrariamente a mis intenciones, esto no facilitó mi ingreso al campo.

El presidente comenzó a sopesar explícitamente mi trabajo en términos de los beneficios económicos que le podría traer a la cooperativa y me formuló preguntas sobre los procedimientos editoriales del libro que él suponía que yo escribiría sobre la historia de la entidad. Si bien primero creí que estaba preocupado por cuestiones vinculadas con la autoría etnográfica, de a poco me fui dando cuenta de que también estaba interesado en saber qué ganancias podía producir la edición y posterior venta del libro. Unos días después me dijo que había estado conversando con un funcionario del gobierno provincial que le había ofrecido realizar el libro con fondos provinciales y que la historia sería escrita por técnicos de una agencia gubernamental. Bastante molesta, le reclamé diciéndole que me estaba haciendo ir y venir desde hacía tres meses. Ante lo que contestó que él tenía que buscar

...el beneficio para la colectividad, que era su historia la que ellos ponían, y que tenían que tener algún beneficio económico, que yo tenía la habilidad de escribir que ellos no tenían y que la imprenta (de la agencia estatal) tenía las posibilidades económicas, pero que ellos querían tener un beneficio porque era su patrimonio, sus raíces. (Resumen extraído de Pizarro, 2007)

Instantánea 2

El sábado 12 de agosto de 2006 amaneció soleado. Era un día de fiesta para los inmigrantes bolivianos que viven en el partido de Pilar, ubicado en el área metropolitana de Buenos Aires. La Asociación Civil Colectividad Boliviana 2 de Septiembre de Pilar conmemoraba un nuevo aniversario de la Independencia de Bolivia. La fiesta se realizaba en el predio de dicha institución, donde funcionan un mercado y unas canchas de fútbol.

Una señora se acercó para prender en las solapas de un grupo de funcionarios unas escarapelas confeccionadas con cintas rojas, amarillas y verdes (los colores de la bandera boliviana) y adornadas con detalles celestes y blancos (los colores de la bandera argentina). Una voz desde un altoparlante invitó al público a acercarse al palco para comenzar el acto.

El presidente de la colectividad, algunos miembros de la comisión directiva y los funcionarios conformaron una comitiva que recorrió las instalaciones y luego subió al escenario. La pared del fondo del mismo estaba cubierta con aguayos. Un escudo nacional de Bolivia estaba colgado en el centro de la misma, entre los cuadros de dos próceres bolivianos. Varios estandartes de agrupaciones de migrantes bolivianos estaban apoyados en el palco, todos ellos adornados con cintas con los colores de las banderas argentina y boliviana. El locutor anunció el comienzo del acto y el embajador de Bolivia izó la bandera argentina en el mástil ubicado sobre el extremo derecho del escenario, mientras se escuchaba el himno argentino. Posteriormente, el intendente de Pilar izó la bandera boliviana en el mástil ubicado a la izquierda. Un miembro de la Asociación dijo unas palabras, finalizando con un “¡Viva Bolivia!”, a lo que algunos asistentes contestaron con un “¡Viva!” y aplaudieron. Siguió un “¡Viva Argentina!”, y el público respondió de

manera similar. El presidente de la entidad pronunció un pequeño discurso que finalizó dando vivas a Bolivia y a Argentina, y agregó otros dos para la provincia de Buenos Aires y para el partido de Pilar.

A continuación, el embajador de Bolivia hizo gala de su habilidad oratoria y se refirió a la historia compartida de ambos países, aludiendo a ellos como la “Patria Grande”. Concluyó diciendo que los inmigrantes bolivianos son “ciudadanos argentinos-bolivianos”. Finalmente, el intendente de la municipalidad de Pilar también dijo unas palabras, nominó a los nativos de Bolivia como “ciudadanos bolivianos-pilarenses” y dio vivas por Bolivia, por Argentina, por la provincia de Buenos Aires y por el partido de Pilar. (Resumen extraído de Pizarro, 2009a)

Instantánea 3. Febrero de 2007

Es un día de carnaval en un barrio de otro partido del Área Metropolitana de Buenos Aires, en donde se localiza otra Asociación Civil conformada por bolivianos. Llegué alrededor de las 16.30, había mucho movimiento frente a las instalaciones de la Feria de Ropa de la Colectividad; todo era una fiesta. Los miembros de la comisión directiva habían servido un almuerzo para quienes participarían de las comparsas de carnaval. Las bandas de música tocaban sus canciones y competían entre sí. Los miembros de la comisión se tiraban talco, serpentinas y mixtura. Los integrantes de los grupos de baile terminaban de retocar sus vestidos, considerados como típicos de distintas regiones bolivianas. El público continuaba aumentando y disfrutaba de estos preparativos. En un momento la banda comenzó a tocar una cueca y se congregaron diez parejas formando un trencito de que avanzó por la calle, bailando en zigzag. Detrás iban algunos vehículos, otro grupo de danzarines y otro grupo de músicos.

Al llegar al predio del polideportivo, que también es propiedad de la Asociación, ya había gente esperando. Luego de un intervalo la banda comenzó a tocar y nuevamente la comparsa danzó al compás. Mientras tanto, los integrantes de la fraternidad Caporales de Escobar ya estaban vestidos con sus trajes de terciopelo negro adornados con lentejuelas plateadas y celestes. Los jóvenes llevaban botas con cascabeles y sombreros negros, mientras que las señoritas llevaban zapatos negros y faldas cortas que acompañarían el ritmo de sus sensuales movimientos. Hicieron su entrada los Caporales y, mientras tanto, llegó otra comparsa de bailarines que esperaron para ingresar a que los primeros terminaran de bailar, quienes en esos momentos gritaban, en lo más álgido de la saya: “¡Escobar!”. “¡Lo mejor!”.

Si bien los miembros de Caporales no se querían ir, los zamponeros recién llegados querían hacer su entrada. Y así lo hicieron, dos hileras de bailarines ingresaron al rectángulo. Las mujeres vestidas de cholitas, con sus faldas con enaguas y blusas con encaje. Mujeres y hombres llevaban sombreros adornados con grandes flores amarillas. Cuando finalizó la pasada, nuevamente comenzó a tocar la banda y los integrantes de la comparsa de la Colectividad Boliviana de Escobar encabezaron la marcha hacia el Mercado de Frutas y Verduras, propiedad de la entidad, que dista alrededor de dos cuadras del polideportivo. (Resumen extraído de Pizarro, 2009b).

Instantánea 4. Un día de 2011

Los miembros de mi equipo de investigación estaban presentando el libro titulado “*Ser boliviano en la región metropolitana de la ciudad de Córdoba. Localización socio-espacial, mercado de trabajo y relaciones*”

*interculturales*¹⁹⁸ en una biblioteca popular de la ciudad de Córdoba. Estaban contentos por la posibilidad de hacer conocer los resultados de nuestros estudios, que ponen en evidencia la precariedad de las formas de vida y de trabajo de los bolivianos que se desempeñan en actividades laborales tales como la horticultura, la fabricación de ladrillos y la venta en ferias callejeras. Entre el público se encontraban el cónsul de Bolivia en Córdoba, dirigentes de fraternidades y grupos de danzas folclóricas de dicho país, directores de programas de radio destinados a la “colectividad boliviana” y otras personas de nacionalidad boliviana y argentina.

Los autores esperaban que el público sintiera curiosidad e interés. Suponían que los asistentes les agradecerían por haber analizado algunas situaciones de segregación residencial, explotación laboral y discriminación étnico-nacional que son experimentadas por un importante sector de los migrantes bolivianos, especialmente los que arribaron más recientemente, procedentes de áreas campesino-indígenas.

Sin embargo, apenas comenzada la presentación, el cónsul encabezó una serie de cuestionamientos –aun sin haber leído el libro– tales como: “no queremos ser más ratas de laboratorio”, “a partir de Evo (Morales, el presidente de Bolivia) queremos que se nos reconozca por nuestra cultura y el baile, y no como unos pobrecitos”, “hay que estudiar con responsabilidad”, “por qué no, inmigrantes que analicen a inmigrantes”, “los argentinos ya están aprendiendo a convivir con el boliviano”. Estos argumentos, entre otros, fueron apoyados por parte de los asistentes de nacionalidad boliviana, quienes agregaron que “Argentina es un país abierto y generoso”, “Bolivia hizo del tra-

¹⁹⁸ Pizarro (2011).

bajo una cultura para poder resistir”, “hablar de discriminación es un prejuicio, yo soy indígena”, “ustedes seguramente también se sienten discriminados por un inglés, por ejemplo”. Días más tarde, algunos miembros del equipo recibieron más comentarios negativos sobre el libro y fueron informados de que éste estaba siendo leído por un grupo de bolivianos con el objeto de plantear una crítica fundada a los autores en un futuro encuentro. (Resumen extraído de Pizarro, 2013)

El uso político de la identidad, la crítica cultural y la antropología comprometida

Las instantáneas anteriores resultan útiles para reflexionar sobre el desafío que el uso político de la identidad plantea a los antropólogos comprometidos con las luchas de diversos grupos subalternos. Casen (2013) expone que, para algunos, el carácter artificial e idealizado del pasado indígena que reivindica el MAS en Bolivia puede ser justificado si se valora la dimensión estratégica de esta política y no su dimensión cultural. Dice también que esta postura descarta la pregunta sobre el hecho de que la reivindicación de una diferencia cultural sea legítima desde un punto de vista antropológico o no. En esta última línea, la autora señala que algunos teóricos postcoloniales tienen en cuenta el peligro político potencial que comporta la estrategia del esencialismo, puesto que, tal como lo plantea Spivak (1998), en la medida en que se ocultan las diferencias y los debates internos en pos de formular reivindicaciones políticas unificadas en una identidad prístina y esencial, las minorías subalternas corren el riesgo de caer en abusos nacionalistas y totalitarios.

Por su parte, Hale (2006) reflexiona sobre la actitud que los antropólogos deberían tomar cuando, en sus investigaciones, encuentran que los grupos subalternos reivindican el derecho a que sus diferencias cultura-

les sean respetadas, homogeneizando las desigualdades internas bajo la manta de una identidad étnica esencializada. En esa dirección, remarca la existencia de una tensión entre la crítica cultural y la investigación activista. Señala que la primera constituye una manera de investigar y de escribir en la que la alineación política se manifiesta más en el contenido del conocimiento producido que en la relación establecida por el antropólogo con un grupo organizado de personas en lucha. En contrapartida, a su juicio, la investigación activista implica la participación de los investigadores en los movimientos sociales de los grupos subalternos y se diferencia de la crítica cultural porque está orientada a la acción.

En esta oportunidad no me referiré a la investigación activista, ya que mi trabajo está orientado a la producción de conocimiento crítico disponible para ser utilizado por y/o para los grupos subalternos. Más bien, me referiré a algunas cuestiones éticas que surgen al momento de realizar estudios académicos y de publicar sus resultados, las que están íntimamente relacionadas con el posicionamiento ideológico de los investigadores acerca de para quiénes y para qué producir conocimiento. Haré foco en la tensión que se plantea cuando el conocimiento generado a través de un enfoque crítico pone en evidencia que los grupos que se articulan alrededor de un colectivo de identidad esencializada y homogénea están atravesados por relaciones de poder, las que suelen ser obliteradas al momento de impulsar sus reivindicaciones.

Retomando las reflexiones de Hale (2006), me pregunto: ¿qué sucede cuando la crítica cultural identifica las variadas maneras en que los movimientos sociales hacen alianzas con los agentes que los oprimen y utilizan “paquetes”¹⁹⁹ de discursos hegemónicos? Una possibili-

¹⁹⁹Expresión del autor.

dad es de-construir estos colectivos desde un constructivismo radical, denunciando que la estrategia del esencialismo suele inventar comunidades donde no las hay. Otra consiste en optar por el “romanticismo de la resistencia”²⁰⁰, apoyando a las utopías de los activistas pero a la vez manteniendo la mirada crítica necesaria para sopesar las implicancias y consecuencias de las estrategias que desarrollan²⁰¹. Sin embargo, el autor sostiene que este tipo de enfoque tiende a minimizar el hecho de que el activismo de los grupos dominados está fuertemente constreñido por condicionantes estructurales, y que estas metodologías de los oprimidos suelen terminar reforzando y reproduciendo las mismas estructuras de opresión que intentan resistir.

En esta dirección, el discurso hegemónico define ciertos lugares de identificación posibles para cada grupo etnicizado y les asigna determinadas características raciales y/o culturales que son concebidas como esencias inmutables y naturales. De este modo, por ejemplo, se espera que los indígenas demuestren su ancestralidad, su autoctonía y su autenticidad, así como la supervivencia de sus prácticas culturales tradicionales. Además, estos grupos son concebidos como un todo homogéneo, en donde la categoría identitaria que los unifica diluiría todas las posibles desigualdades internas.

²⁰⁰Expresión del autor.

²⁰¹Abu-Lughod (1990) plantea que, si bien los grupos oprimidos sólo pueden luchar por sus derechos utilizando estratégicamente su identidad, usando las herramientas discursivas, legales y políticas hegemónicas de sus opresores, e incluso sus fondos; en muchos casos subvierten los sentidos dominantes, encuentran espacios de maniobra y generan consecuencias que son bastante diferentes de las que tienen en mente los agentes dominantes.

Tal como lo señalé en otro lado (Pizarro, 2006), Hill y Wilson (2003) destacan la necesidad de estudiar las políticas de identidad considerando que los procesos identitarios no pueden ser entendidos sin apelar a una teorización más amplia que contemple a las prácticas e ideologías de-arriba-hacia-abajo mediante las cuales distintas entidades políticas, económicas y sociales intentan moldear las identidades colectivas, fijando y naturalizando determinados marcos interpretativos que exotizan, esencializan y/o fetichizan ciertas categorías étnico-raciales. En este contexto, las políticas identitarias de-abajo-hacia-arriba no son construidas de la nada. Por el contrario, los grupos subalternos resignifican históricas experiencias de opresión, a veces cuestionándolas y otras reproduciéndolas, en el marco de determinados sistemas de diferenciación social y cultural, en los que la gente tiene asignados ciertos lugares de identificación posibles y un margen de maniobra determinado (Briones, 2001).

Desde hace diez años estoy estudiando las complejidades de los procesos identitarios de quienes son definidos y se definen como bolivianos en Buenos Aires y en Córdoba. En ocasiones, estos procesos tienen lugar en el marco del activismo político y, en otras, son sólo un aspecto más de las formas individuales o colectivas de relacionarse con quienes son definidos y se definen como argentinos.

En los comienzos, consideraba a todos los bolivianos como inmigrantes, sin percibir las desigualdades de clase, etnia, región de procedencia, género y condición migratoria. De este modo, como parte de mi lógica práctica reproduje acríticamente las estructuras argentinas de clasificación de la otredad que homogeneiza a los inmigrantes según su nacionalidad, esencializando y naturalizando –en este caso– la bolivianidad. Por otra parte, mi posicionamiento a favor de los opri-

midos ubicaba a todos los bolivianos por igual dentro de la categoría de grupo étnico-migrante, y por lo tanto, subalternizado.

Sin embargo, mi lógica teórica que abrevia de los enfoques histórico-estructurales de la identidad (Comaroff y Comaroff, 1992; Hall, 2003 y 2010; Fenton, 1999; Briones, 1996 y 1998; Grimson, 2011) y que confluye con las críticas al nacionalismo metodológico (Basch, Glick Schiller y Szanton Blanc, 2003), fue uno de los factores que me permitieron comprender la complejidad de los procesos identitarios bajo estudio. Además, dicho bagaje teórico provocó que me cuestionara no sólo mi rol como investigadora, sino también el sentido de la producción académica no catalogada como activista.

Fue así que, a raíz de la interpelación que sufrieron los integrantes de mi equipo de investigación cuando se presentó el libro “*Ser boliviano*” en la región metropolitana de la ciudad de Córdoba. Localización socio-espacial, mercado de trabajo y relaciones interculturales, comencé a reflexionar sobre las maneras en que ciertos sectores hegemónicos de la definida como *colectividad boliviana de Córdoba* se esgrimieron como emprendedores de la memoria cuyas interpretaciones sobre la *identidad boliviana* son más verdaderas que las de los intelectuales *argentinos* y que, por lo tanto, tienen el derecho de postular que *ningún inmigrante boliviano* ha sido discriminado y que se deberían dar a conocer los *aportes de la cultura boliviana* a la Argentina. Luego de un considerable tiempo de angustia, tomé esta situación como una experiencia más de mi trabajo de campo, y me embarqué en la escritura de un capítulo que analizó ese evento (Pizarro, 2013).

En dicha oportunidad, abordé distintas situaciones en las que se produce la disputa por fijar el “ser boliviano” y sostengo que la cultura boliviana es homogeneizada y exotizada no sólo por los discursos

estatales y populares argentinos sino también por quienes marcan su pertenencia a la “colectividad boliviana”. Mostré que la política cultural hegemónica opera tanto en Buenos Aires como en Córdoba mercantilizando y espectacularizando los aportes de los bolivianos a la interculturalidad argentina imaginada en el marco de una narrativa nacional argentina oficial sostenida en la idea de una nación generosa y tolerante que incluye a la diversidad; y que, a la vez, ubica a las minorías extranjeras en una jerarquía etnicizada y racializada, en la que “lo boliviano” es inferior, más pobre y refractante de lo aborígen.

Remarqué que los mismos inmigrantes bolivianos construyen su colectivo de identificación en clave nacional. Tanto en el nivel individual como en el de sus agrupaciones, la marcación de su pertenencia a su “patria” facilita la legitimación de su presencia en el orden nacional en el que están presentes como inmigrantes. Inevitablemente, la marcación de ciertos diacríticos culturales esencializados se constituye en una estrategia que utiliza los elementos de sentido que el orden nacional hegemónico establece como horizonte de lo pensable. Y este diálogo se da también a través de procesos de mecanismos de re-etnicización y de des-etnicización que homogeneizan diferencias de clase, género, etnia, región y condición migratorias y reifican la identidad nacional.

Di cuenta de las maneras en que algunos inmigrantes trabajan en “hacer conocer la cultura boliviana” a fin de contrarrestar la imagen depreciada que tienen en Argentina. Este es uno de los móviles que los lleva a reproducir ciertas prácticas culturales folklorizadas en los lugares en los que residen, a través de operatorias que alterizan, esencializan y homogeneizan la pertenencia a la comunidad nacional boliviana imaginada.

Argumenté que, a pesar de los intentos de estos emprendedores de la memoria y de la identidad, la existencia de una multiplicidad de asociaciones de bolivianos que muchas veces coexisten en una misma ciudad, así como la diversidad de sus fines, pone en evidencia lo difícil que resulta construir un único colectivo de identificación nacional en el extranjero. Sostuve que estos problemas surgen porque las clasificaciones basadas en diferencias de clase, regionales, étnicas, generacionales y de género, así como los sentidos heredados de anteriores situaciones de opresión y discriminación en el país de origen, constituyen limitaciones que son difícilmente zanjadas, al igual que lo son las alineaciones político-partidarias tanto en Bolivia como en Argentina.

En el artículo al que me estoy refiriendo, remarqué que la heterogeneidad en el interior del colectivo “los bolivianos” y las maneras de relacionarse con los nacionales argentinos están influenciadas por las anteriores des/re/eticizaciones en las sociedades de origen y de destino, tal como señalé antes. Por lo que concluí que dicha heterogeneidad incide por cierto en las relaciones que este colectivo mantiene entre sí y condiciona las posibles articulaciones de un sentido de pertenencia a un colectivo de identificación que los aglutine, por el sólo hecho de haber nacido en el territorio delimitado por las fronteras del estado boliviano.

Tanto en Córdoba como en Buenos Aires existen algunas metonimias que generalizan ciertas características culturales: “Los bolivianos son ricos en tradiciones culturales ancestrales”, “Los bolivianos no hablan” o “Los bolivianos son indios / andinos”. A través de estas generalizaciones se atribuye a todas las personas nacidas en Bolivia una ascendencia indígena y particularmente asociada a los grupos

étnicos quechua-aymaras. Se silencia no sólo la multiplicidad de adscripciones a otros linajes étnicos como, por ejemplo, los guaraníes o los afro-americanos, sino que también se plantea implícitamente que los definidos como argentinos no son étnicos. Estas expresiones han sido reproducidas por los medios de comunicación argentinos y bolivianos con mayor o menor intensidad a lo largo de los últimos 25 años, por los funcionarios de ambos países y por las clasificaciones populares para referirse a los posibles aportes de los bolivianos a la nación argentina o a los problemas que su presencia acarrea (Pizarro, 2012).

Entre los cuestionamientos que estos hallazgos me generaron en tanto antropóloga comprometida con el análisis crítico de la política cultural de los inmigrantes bolivianos, cabe destacar dos interrogantes: ¿Hasta dónde de-construir estas identidades pretendidamente prístinas? ¿Hasta dónde legitimarlas para no boicotear las luchas subalternas?

Después de un tiempo, resolví mi desasosiego al decidir apoyar los derechos de aquellos bolivianos que, según mi conocimiento situado, están posicionados en los peldaños más bajos de la estructura de clasificación de la otredad, debido a las desigualdades de género, clase, lugar de procedencia y/o condición migratoria que los constriñen. Asimismo, no tuve reparo en confrontar con aquellos bolivianos que considero reproducen históricas estructuras de opresión a través del uso estratégico de su identidad étnico-nacional. De este modo, no dudé en publicar otro libro, titulado *Bolivianos y bolivianas en la vida cotidiana cordobesa: Trabajo, derechos e identidad en contextos migratorios*²⁰², continuando la saga de aquel que provocó tanta urticaria entre la élite de la “colectividad boliviana” de Córdoba.

²⁰²Pizarro (2015).

Epílogo

24 de febrero de 2016. Recibí el siguiente mail, firmado por un juez de Córdoba:

Estimada Doctora:

Mi nombre es XXX y me desempeño como juez de ejecución en la Ciudad de Córdoba; realizando, desde lo académico, investigaciones de las interrelaciones entre derecho y antropología. El año pasado, tuve la oportunidad de dictar un fallo en donde me resultó muy interesante su trabajo etnográfico sobre los migrantes de los “cortaderos” de ladrillo. De hecho, en el fallo, cito expresamente su texto. Le adjunto el mismo.

En fin, quería compartir esta inquietud. Le hago llegar un muy cordial saludo.

El fallo concede la libertad condicional a una persona nacida en uno de los lugares en donde viven y trabajan de un modo sumamente precario muchos bolivianos y bolivianas. Esta persona había sido condenada a cadena perpetua y se le había denegado la libertad condicional con anterioridad. El juez falló a su favor alegando la incidencia de las miserables condiciones de vida que él y su familia sufrieron durante su niñez y juventud.

Bibliografía

- Abu-Lughod, L. (1990). “The Romance of Resistance: Tracing Transformations of Power through Bedouin Women”. En: *American Ethnologist*, 17 (1), 41–55.
- Basch, L.; Glick Schiller, N. y Szanton Blanc, C. (2003). *Nations Unbound. Transnational Projects, Postcolonial Predicaments and Deterritorialized Nation-States*. New York: Routledge.

- Benencia, R. (2007). “La inmigración limítrofe”. En: Torrado, S. (comp.), *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo Centenario. Una historia social del siglo XX*. Tomo I. Buenos Aires: Ensayo Edhasa.
- Benencia, R.(2012). “Los inmigrantes bolivianos en el mercado de trabajo de la horticultura en fresco en la Argentina”. En: *El impacto de las migraciones en Argentina, Cuadernos Migratorios*, N° 2, pp. 24-41.
- Briones, C. (1996). “Culturas, identidades y fronteras: una mirada desde las producciones del cuarto mundo”. *Revista de Ciencias Sociales*, N°5, pp.121-134.
- Briones, C. (1998). *La Alteridad del “Cuarto Mundo”.Una deconstrucción antropológica de la diferencia*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- Briones, C. (2001). “Cuestionando geografías estatales de inclusión en Argentina. La política cultural de organizaciones con filosofía y liderazgo Mapuche”. En: Sommer, D. (ed.) *Cultural Agency in the Americas: Language, Ethnicity, Gender and Outlets of Expression*.
- Briones, C. (2002) “Mestizaje y blanqueamiento como coordenadas de aboriginalidad y nación en Argentina”. En: *Runa*, N° 23, pp.61-88.
- Casen, C. (2013). “La figura del indígena como encarnación del pueblo boliviano: discusión en torno al esencialismo estratégico del Movimiento al Socialismo (MAS)”. En: *Rubrica Contemporánea*, N° 2 3, pp.67-82.
- Castillo, J. y Gurrieri, J. (2012). “El panorama de las migraciones limítrofes y del Perú en la Argentina en el inicio del siglo XXI”. En: *El impacto de las migraciones en Argentina, Cuadernos Migratorios*,2. Buenos Aires, Organización Internacional para las Migraciones.
- Comaroff, J. y Comaroff, J. (1992). *Ethnography and the Historical Imagination*. Boulder: Westview Press.
- Fenton, S. (1999). *Ethnicity, Racism, Class and Culture*. London: Macmillan.
- Grimson, A. (2011). *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de identidad*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

- Hale, Ch. (2006). "Activist Research v. Cultural Critique: Indigenous Land Rights and the contradictions of Politically Engaged Anthropology". En: *Cultural Anthropology*, Vol. 21, N° 1, pp.96-120.
- Hall, S. (2003). "¿Quién necesita 'identidad'?". En: Hall, S. y du Gay, P. (comps.), *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hall, S. (2010). *Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Popayán, Colombia: Envión editores; Instituto de Estudios Peruanos; Instituto de Estudios Sociales y Culturales, Pensar. Universidad Javeriana; Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.
- Hill, J. y Wilson, T. (2003). "Identity Politics and the Politics of Identities". En: *Identities: Global Studies in Culture and Power*, Vol. 23, N° 2, pp. 1-8.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Barcelona: Siglo XXI.
- Lazzaro, L. (2015). *Geopolítica de la palabra. Reflexiones sobre comunicación, identidad y autonomía*. Buenos Aires: CICCUS.
- Pacecca, M. I. y Courtis, C. (2008). *Inmigración Contemporánea en Argentina: Dinámica y políticas*. Santiago de Chile: Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) – División de Población de la CEPAL.
- Pizarro, C. (2006). *Ahora ya somos civilizados. La invisibilidad de la identidad indígena en un área rural del Valle de Catamarca*. Córdoba: Editorial de la Universidad Católica de Córdoba.
- Pizarro, C. (2007). "Negociaciones y sentidos morales e instrumentales de las etnografías. Los casos de dos organizaciones de productores frutihortícolas bolivianos en la Provincia de Buenos Aires". Ponencia presentada en las *V Jornadas de Etnografía y Métodos Cualitativos*, Buenos Aires.
- Pizarro, C. (2009a). "'Ciudadanos bonaerenses-bolivianos': activismo político binacional en una organización de inmigrantes bolivianos residentes en Argentina". En: *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. 45, N° 2, pp.431-468.
- Pizarro, C. (2009b). "Espacios socioculturales 'bolivianos' trans-urbanos en el Área Metropolitana de Buenos Aires". En: Maronese, L. (ed.), *Bue-*

nos Aires Boliviana. *Migración, construcciones identitarias y memoria*. Buenos Aires: Ministerio de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, pp.37-52.

- Pizarro, C. (2011). (ed.) “*Ser boliviano*” en la región metropolitana de la ciudad de Córdoba. *Localización socio-espacial, mercado de trabajo y relaciones interculturales*. Córdoba: Editorial de la Universidad Católica de Córdoba.
- Pizarro, C. (2012). “Clasificar a los otros migrantes: las políticas migratorias argentinas como productoras de etnicidad y de desigualdad”. En: *MÉTIS: historia & cultura*, Nº 22, pp. 219-240.
- Pizarro, C. (2013). “La bolivianidad en disputa. (Des)marcaciones de etnicidad en contextos migratorios”. En: Karasik, G. (ed.), *Migraciones internacionales. Reflexiones y estudios sobre la movilidad territorial contemporánea*, Buenos Aires: CICCUS, pp.331-360.
- Pizarro, C. (2015). (ed.) *Bolivianos y bolivianas en la vida cotidiana cordobesa: Trabajo, derechos e identidad en contextos migratorios*. Córdoba: Editorial de la Universidad Católica de Córdoba.
- Sassone, S. (2009). “Breve geografía histórica de la migración boliviana en la Argentina”. En: Maronese, L. (ed.), *Buenos Aires Boliviana. Migración, construcciones identitarias y memoria*. Buenos Aires: Ministerio de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.
- Spivak, G. (1998). “¿Puede hablar el sujeto subalterno?” En: *Orbis Tertius*, Nº 6, pp. 175-235.